IMPENITENTE

Mi hija acaba de cumplir seis años. En algún momento del año que viene descubrirá que sus padres son *raros*. Son raros porque van a la iglesia.

Esto quiere decir que según vaya creciendo cada vez más voces le dirán qué significa eso, y se lo dirán cada vez más fuerte, y cuando llegue a la adolescencia se lo gritarán en el oído. Quiere decir que creemos en absurdeces de la Edad del Bronce. Quiere decir que no creemos en los dinosaurios. Quiere decir que somos dogmáticos. Que nos sentimos moralmente superiores. Que somos fetichistas del dolor y el sufrimiento. Que defendemos un buenismo insípido. Que prometemos un paraíso en el cielo a los oprimidos. Que somos defensores de causas perdidas y no comprendemos las fuerzas del mercado generadoras de riqueza. Que somos tan cretinos que ni siquiera nos damos cuenta de lo irracionales que son nuestras creencias. Que construimos estructuras intelectuales de una complejidad ridícula, plagadas de distinciones sin sentido sobre los endebles cimientos de una fantasía. Que defendemos la familia nuclear con todos sus estereotipos y su microtiranía. Que somos enemigos de los placeres corrientes de la vida familiar, como la paternidad, ir de compras, disfrutar del sexo y tener un coche. Que nos erigimos en jueces implacables. Que dejaríamos en libertad a los asesinos para que

volvieran a matar. Que creemos que todo el que no piensa como nosotros se consumirá en el fuego eterno. Que somos tan malos como los musulmanes. Que somos peores que los musulmanes, porque los musulmanes son seres primitivos de quienes no cabe esperar nada mejor. Que solo somos mejores que los musulmanes porque nuestras convicciones ya no nos hacen más valerosos. Que somos infantiles y no sabemos vivir sin un papá ilusorio en el cielo. Que destruimos la espontaneidad y las ilusiones de los niños inculcándoles una mitología enfermiza. Que nos oponemos a la libertad, los derechos humanos, los derechos de los homosexuales, la autonomía moral del individuo, el derecho de la mujer a decidir sobre su cuerpo, la investigación con células madre, el uso de condones en la lucha contra el sida y la enseñanza de la biología evolutiva. Que nos oponemos a la modernidad. Al progreso. Que creemos que todo el mundo debe plegarse a la autoridad. Que la jerarquía nos parece sagrada. Que tratamos a los transexuales con desprecio, en plan "no-gracias", pero sin embargo nos parece lo más normal del mundo que unos hombres de mediana edad vistan faldones de color púrpura. Que ocultamos los abusos sexuales infantiles porque nos importa más el poder que la justicia. Que somos los villanos de la historia, siempre en contra de todas las luchas por la libertad humana. Que si a veces ha podido parecer que defendíamos esas luchas, en realidad no era cierto: o bien no se luchaba por lo que aparentemente se luchaba, o bien no se luchaba por las razones que por las que se afirmaba. Que hemos proporcionado coartadas piadosas al racismo, al imperialismo, a las guerras de conquista, a la esclavitud y a la explotación. Que hemos fabricado causas imaginarias para que las personas de carne y hueso se maten entre sí. Que estamos anclados en el pasado. Que destruimos las culturas tribales. Que creemos que el mundo se va a acabar. Que queremos contribuir

a que el mundo se acabe. Que enseñamos a la gente a odiar su manera de ser natural. Que queremos que la gente tenga miedo. Que queremos que la gente sienta vergüenza. Que tenemos un amigo imaginario. Que creemos en un duendecillo que vive en el cielo y nos postramos ante un dios tan real como Papá Noel. Que preferimos las Sagradas Escrituras a las novelas, los predicadores a los cuentacuentos, la certeza a la duda, la fe a la razón, la ley a la compasión, los colores primarios a los matices, la censura al debate, el silencio a la elocuencia, la muerte a la vida.

Pero, mira tú por dónde, estas no son las malas noticias. No son más que las objeciones de gente a quien la religión le interesa lo suficiente para buscar objeciones serias o para tomar prestada una colección de objeciones recreativas de Richard Dawkins o Christopher Hitchens. Es posible que sean un batiburrillo de acusaciones, un revoltijo de verdades, medias verdades y falsedades sacadas de épocas de la historia cristiana y de rincones del mundo cristiano radicalmente distintos, que toman continuamente la parte por el todo (cuando les perjudica) o el todo por la parte (cuando les conviene), pero al menos reconocen que en algún lugar existe algo llamado religión y dotado de la concreción y la importancia suficientes para odiarlo. De hecho hay cierta devoción en la manera en que los fans de Dawkins convierten en un *hobby* estimulante la reflexión sobre las creencias de otras personas. Los dawkinistas británicos seguramente envidian la intensidad de la lucha antirreligiosa en Estados Unidos, aunque algunos incluso consiguen sentirse oprimidos por la iglesia de Inglaterra, cosa nada fácil. Debe de hacer falta habilidad y delicadeza para operar a una escala tan diminuta, debe de ser algo parecido a bordar o a jugar al futbolín o a meter una maqueta de tren en un portafolios.

No: el mensaje de verdad doloroso que recibirá nuestra hija es que somos un incordio. Para la mayoría de los que no son nuevos

ateos o viejos ateos y no sienten ninguna pasión por el asunto, ni negativa ni positiva, los creyentes no somos raros porque seamos malvados. Somos raros porque somos inexplicables, porque no habiendo ninguna necesidad, tal como puede ver cualquiera con dos dedos de frente, nos comprometemos con una serie de costumbres incómodas y absurdas que *desentonan* con el fondo de la vida moderna, que llaman demasiado la atención, y no precisamente por su importancia o sus principios o porque merezcan respeto, sino más bien como esas personas que se visten de una forma horrenda y nos hacen parpadear, mirar a otro lado y preguntarnos si la persona en cuestión tendrá alguna deficiencia cerebral. Los creyentes son gente con el pelo cortado a tazón que lleva anorak en agosto y usa jerséis de lana de color vómito hechos a mano. O, pasando de la metáfora de la indumentaria al terreno de los elementos conductuales en los que en realidad se basan nuestros juicios, los creyentes son gente que intenta incluir a Jesús en la conversación en medio de una fiesta; gente que no sabe dónde meterse y que daría lo que fuera por portarse como seres humanos normales; gente siempre empeñada en crear un silencio solemne que invita a eructar o a tirarse un pedo, a un poco de subversión. Los creyentes somos gente que, las raras veces que alguien no tiene más remedio que escucharnos, por ejemplo en una boda o un funeral, aprovechamos la ocasión para derramar en los oídos ajenos el remedo de una ingenua función navideña de colegiales. Y además de ser infantiles y rastreros y solemnes y torpes, nos asociamos voluntariamente con una ortodoxia casposa y pasada de moda, con una Autoridad que ha perdido toda su autoridad. No hay nada tan triste –desde el punto de visto del estilo– como el gusto que predominaba antesdeayer. Si es que no podíamos evitarlo, si no teníamos más remedio que comprar en la sección general de cosas guays tipo "Que la fuerza

te acompañe, joven Skywalker", al menos podíamos haber elegido algo nuevo y más colorido, algo con un toque de año sabático espiritual y quizá con cánticos y terapias en spas. Pero por el contrario, elegimos edificios antiguos que huelen a flores marchitas, llenos de pensionistas que se las ven y se las desean para seguir el ritmo de "Alabaré, alabaré". ¿Onda rebelde? No tanto.

Y lo peor de todo, como ya he dicho, *es que no hay ningún motivo*. No se trata de una carencia evidente que este triste asunto viniese a colmar, aunque fuera con tanta torpeza. La mayoría de la gente no tiene en la mente una casilla en forma de Dios a la espera de ser rellenada, y tampoco a los nuevos ateos les falta esa casilla ni la han rellenado con los cáusticos remolinos del vapor de la polémica. A la mayoría de la gente la vida le ofrece una amplia gama de amores y odios, de alegrías y penas, además de un marco moral para comprenderlos y también un espacio para el asombro y la trascendencia sin ninguna necesidad de religión. Los creyentes venden la solución a un problema que no existe, y esta solución es además incómoda: es una solución que no sabe bailar, con las manos sudorosas y sonrisa mema. Y anorak.

Por eso la vida interior de los creyentes es un misterio. En la medida en que puede imaginarse –si es que alguien quisiera imaginarla por alguna razón–, parece algo así como un continuo afán por fingir y resistirse a la realidad, como si un creyente no pudiera permitir que las cosas sean simplemente como son; como si siempre tuviera que traducirlas o dotarlas de una moral, darles un significado adicional innecesario y bastante sentimental. Una puesta de sol no puede ser únicamente parte de esa mezcla de esplendor, crueldad e indiferencia que es el mundo: tiene que ser una bendición del cielo. Una comida es un regalo por el que hay que dar las gracias, aunque los ingredientes los hayas comprado en el súper y te hayan costado equis. El sexo no puede ser el

abanico de experiencias al que uno se ha acostumbrado como adulto, y que van del terremoto aislado al cosquilleo agradable y suave: tiene que ser un sí, sí, sí; esa cosa tan especial que sucede cuando las mamás y los papás se quieren mucho. Supongo que todas estas pequeñas negaciones del sentido común reflejan un fracaso del realismo rotundo y fundamental: nuestra vergonzosa dificultad para distinguir, como es básico en la vida adulta, entre lo que existe y lo que se fabrica. Al parecer no entendemos que la magia de Harry Potter, los anillos, las espadas y los elfos de la literatura fantástica, los poderes de los videojuegos, los espíritus malignos y los fantasmas de Halloween son mero entretenimiento. Intentamos tomarlos en serio o, mejor dicho, nos tomamos en serio una determinada parte de ellos. Cometemos el extraño error de categoría de afirmar que nuestros duendes, espíritus o el Monstruo Espagueti Volador existen de verdad fuera de la página y de los programas de animación digital. Los fans de *Star Trek* o los que quieren ser vampiros no son nada en comparación con nosotros. Nosotros veneramos y nos arrodillamos de verdad. Nos ponemos literalmente de rodillas y nos las arañamos, y nos inclinamos ante el espacio vacío en el que insistimos se encuentra nuestro Espagueti Volador. No es de extrañar que nos esforcemos tanto en eludir el sentido común. Tenemos que taparnos los oídos todo el tiempo *(la, la, la: no te oigo)* para que no nos llegue el ruido del mundo real.

Lo curioso es que yo lo veo exactamente al contrario. Según mi experiencia, el hecho de creer requiere la máxima atención posible a la naturaleza de las cosas. Son las creencias las que nos obligan a prescindir continuamente de las ilusiones, mientras que el sentido común de nuestros días requiere un fingimiento melifluo. Un fingimiento que incluso podría ser sistemático, de tanto como nuestra cultura lo incentiva. Pensemos por ejemplo

en el famoso eslogan del autobús ateo que recorre las calles de Londres. Sí, sí: ya sé que es una manifestación del núcleo duro de los aficionados al descreimiento, gente tan preocupada que vive en un permanente estado de exaltación y negación de la religión, pero en este caso concreto expresan con bastante acierto la sabia opinión común de los descreídos. (En vez de hablar, por ejemplo, de la tetera orbital de Russell). El bus de los ateos dice: "Probablemente Dios no exista, así que deja de preocuparte y disfruta de la vida". Muy bien: ¿cuál es, en esta frase, la palabra cuestionable, la palabra agresiva, la que se separa tan deprisa de la experiencia humana reconocible y real que ni siquiera tiene tiempo de decir adiós? No es "probablemente". Los nuevos ateos no hacen ninguna afirmación escandalosa cuando dicen que probablemente Dios no exista. En realidad no hacen ninguna afirmación sustancial en absoluto porque, ¿cómo coño van a saberlo? La cuestión es una conjetura tanto para ellos como para mí. No, la palabra que ofende a la verdad en esta frase es "disfruta". ¿Perdón?: *¿Disfruta* de la vida? ¿Disfruta de la *vida?* No tengo ninguna objeción neopuritana al placer. El placer es maravilloso. El placer es estupendo. Cuanto más placer mejor. Pero el placer es "una emoción". Las únicas cosas del mundo concebidas para procurar placer, y lo único que da placer, son productos, pero la vida no es un producto. No podemos desenvolverla y colocarla en un rincón destacado de nuestro apartamento de los Docklands y admirar el brillante reflejo de nuestros focos halógenos en su elegante superficie. Solo a veces, con un poco de suerte, somos capaces de establecer una relación con lo que nos está pasando y contemplarlo con calidez y satisfacción. El resto del tiempo lo pasamos ocupados sintiendo esperanza, aburrimiento, curiosidad, ansiedad, irritación, miedo, alegría, asombro, odio, ternura, desesperación, alivio, hartazgo y todas

esas cosas. Es tan absurdo afirmar que en la vida solo deberíamos sentir la emoción del placer como afirmar que deberíamos pasar la vida en un estado de miedo permanente o dando saltos de emoción por algo que está a punto de ocurrir. La vida no es tan unánime. Decir que la vida es para disfrutar (simplemente disfrutar) es como decir que las montañas solo deberían tener cumbres o que todos los colores deberían ser púrpura, o que todas las obras de teatro deberían ser de Shakespeare. Es un error de categoría verdaderamente extraño.

Pero no es necesariamente un error inocente. No es necesariamente un ejemplo inocuo de fingimiento melifluo. En el eslogan que luce el autobús está implícita la idea de que disfrutar sería nuestro estado natural si no estuviéramos "preocupados" por culpa de los creyentes y sus sermones sobre el fuego del infierno. Basta con suprimir la maligna amenaza que entraña hablar de Dios para volver a experimentar un placer continuo bajo un cielo azul. ¿Qué tiene esto de malo, aparte de ser una gilipollez? Bueno, en primer lugar, se deja engañar a ojos ciegas por la mercadotecnia moderna. Puesto que la vida humana ni está ni puede estar hecha de placer, esta afirmación implica aceptar una imagen de la vida en la que las partes más susceptibles de ofrecer placer se convierten en las únicas partes visibles. Si basáramos nuestro conocimiento de la especie humana exclusivamente en la publicidad podríamos pensar que la condición normal de la humanidad es la de una persona atractiva y soltera, de entre veinte y treinta y cinco años, con una excelente musculatura y/o figura, y una buena renta disponible. Hay excepciones, claro está, como esos maduritos acaramelados que consumen Viagra y van de crucero, o esos angelitos tan simpáticos que promocionan el desayuno con cereales, pero el centro de gravedad de la especie humana, nuestra condición por defecto, es ser jóvenes y entusiastas y estar

disponibles. Y si obtuviéramos la información exclusivamente del autobús ateo, llegaríamos a la misma conclusión, con la diferencia menor de que, en este caso, el galán del anuncio muestra un leve frunce de preocupación en la frente, por culpa de la fastidiosa idea de que Dios pudiera existir: una arruga que puede eliminarse con una sola aplicación mágica de Razón™.

Estos seres de plástico no necesitan nada que no puedan conseguir yendo de compras. Pero supongamos, como dice el autobús ateo, que eres una mujer de cincuenta y tantos, y vuelves a casa cargada con las bolsas de la compra y temiendo que tu amante, que sufre demencia, haya vuelto a embadurnar las paredes con su propia mierda. Ayer, cuando hizo lo mismo, le diste una bofetada, y se echó a llorar, y se puso perdida de lágrimas y de mocos que también tuviste que limpiarle. Lo único que podría aliviarte sería contárselo a la persona más divertida y deslenguada que conoces, pero esa persona ya no habita en la criatura con la que vas a encontrarte cuando abras la puerta. Un poco de ayuda a domicilio te ayudaría, pero nada podrá devolverte a tu amada, a tu cariño, a tu amorcito, a tu verdadero amor. O supongamos que eres ese jovencito con las piernas como sacacorchos y la cabeza deforme que va en silla de ruedas. Nunca has podido hablar, pero tienes el control suficiente de una mano para teclear mensajes. Ahora la tormenta eléctrica de tu sistema nervioso se está extendiendo también a esa mano, y los dedos pican más errores que palabras legibles. Tu estrecho canal de comunicación con el mundo está a punto de cerrarse, y vas a quedarte solo dentro del cascarón de tu cuerpo. La investigación genética tal vez erradique tu enfermedad en las generaciones futuras, pero a ti no podrá rescatarte. O supongamos que eres la guarrilla del vecindario, la de las rastas que parecen un nido de monos. Hace dos días que dejaste el programa de rehabilitación. Las dos primeras dosis

fueron geniales, porque tu tolerancia a las drogas había caído en picado después de dos semanas de abstinencia y comida sana, y el subidón de felicidad volvió a ser como el de las primeras veces. Pero has vuelto al mismo rollo de siempre y empiezas a darte cuenta de que has cagado una oportunidad estupenda. Antes te engañabas, te contabas la historia de desengancharte, pero ahora ves que no es verdad, ahora sabes que no tienes fuerzas. Los servicios sociales se harán cargo de tu hijito. Y en cuestión de media hora se la estarás mamando a alguien por cinco billetes detrás de la parada del bus. Una buena política antidroga podría ayudarte, pero no aliviaría ni la necesidad ni la vergüenza de tener esa necesidad ni la necesidad de borrar la vergüenza.

Entonces, cuando el autobús ateo pasa diciendo que como probablemente Dios no existe deberíamos dejar de preocuparnos y disfrutar de la vida, el tono del eslogan es de lo más inoportuno. Si fuera cierto, esto significaría que todo el que no esté disfrutando de la vida está completamente solo. Las personas de estos tres ejemplos lo están: encerradas en situaciones que no se pueden compartir, atrapados para siempre en celdas en las que ningún otro ser humano puede entrar. Lo que dice el autobús ateo es que no esperes ninguna ayuda. Bueno, no me malinterpreten. Yo no creo que haya ninguna ayuda que esperar en un sentido amplio e importante del término. No creo que vaya a ocurrir nada que altere materialmente la situación en la que se encuentran estas tres personas. Pero dejemos claro cuál es la lógica emocional del mensaje del autobús. Equivale a negar casi por completo la esperanza o el consuelo, salvo en la interpretación más alegre, chillona y adolescente de la condición humana. Hace mil quinientos años san Agustín llamó a esto "optimismo cruel", y sigue siendo cruel.